

Prefacio

Ofrezco al público este libro, el segundo de los que se publican con mi firma acerca de la naturaleza. Hay en él una confesión y una esperanza; la confesión de quien durante muchos años se dedicó a la caza antes de aprender que la vida salvaje ofrece un aliciente más apasionado que el de la matanza de sus pobladores, y la esperanza de que lo que he escrito haga comprender a otros que el mayor placer que puede sentir el cazador no está en la matanza sin duelo ni consideración. Es cierto que en los grandes espacios desiertos el hombre ha de matar para poder subsistir. Es preciso tener carne, porque la carne significa vida. Pero matar para lograr el sustento no es la misma fiebre de matar que siempre me trae a la memoria un día en que, en menos de dos horas, maté cuatro osos grises en la ladera de una montaña en la Columbia inglesa, destruyendo, probablemente, ciento veinte años de vida en ciento veinte minutos. Y eso es solamente uno de los muchos ejemplos que recuerdo, y por los que ahora me califico a mí

mismo casi de criminal, porque matar por el placer de hacerlo, es, en realidad, poco menos que asesinar.

Mis libros acerca de los animales constituyen, en cierta medida, una reparación que me esfuerso en llevar a cabo, y he procurado hacerlos no solamente interesantes en grado sumo, dotándolos de romántico interés, sino que, además, sean tan exactos en lo que se refiere a los hechos como sea posible. Al igual que en la vida humana, hay en la vida selvática tragedias, comedias y sentimientos; hay en ella hechos de extraordinario interés, sucesos reales y existencias verdaderas que merecen ser descritas y que son tan verídicas que no es necesario recurrir a la fantasía.

En *Kazan* traté de dar una idea de lo que fueron mis años de convivencia entre los salvajes perros de los trineos en el norte. En *El rey de los osos* me he atenido escrupulosamente a los hechos observados en las vidas de los animales salvajes. El pequeño Muskwa estuvo a mi lado durante todo el verano y el otoño en las Montañas Rocosas de Canadá. Pipoonaskoos está enterrado en las montañas con una losa sobre su tumba, como un ser humano. Los dos oseznos de oso gris que encontramos abandonados en Athabasca están muertos. Y Thor, vive todavía, porque sus dominios están en una región en la que no penetran los cazadores, y porque cuando por fin se nos presentó la oportunidad de disparar sobre él, no le dimos muerte. En el mes de julio de este año (1916), me propongo regresar a la región donde viven Thor y Muskwa.

Creo que reconocería a Thor si le viese de nuevo, porque le conocí adulto y no habrá cambiado. En cuanto a Muskwa, en dos años habrá pasado de ser un osežno a convertirse en un oso

adulto y será distinto. Pero aun así, creo que Muskwa me conocería si el azar permitiese que nos viéramos de nuevo. Me hago la ilusión de que no habrá olvidado el azúcar que le solía dar, ni las muchas veces que él se acurrucó a mi lado por la noche, ni tampoco las correrías que dábamos los dos en busca de raíces y bayas, ni las peleas de mentirijillas con que tan frecuentemente nos divertíamos en el campamento, pero también es posible que no me haya perdonado la crueldad del día en que huimos de él y lo abandonamos en las montañas.

JAMES OLIVER CURWOOD
Owosso, Michigan, 5 de mayo de 1916

1

El rey y sus dominios

Con el silencio y la inmovilidad de una enorme y rojiza roca, Thor permaneció varios minutos observando sus dominios. No alcanzaba a ver grandes distancias, porque, como todos los osos grises, sus ojos eran muy pequeños y estaban considerablemente separados, por cuya causa su visión era decididamente mala. A quinientos o setecientos metros de distancia, todavía era capaz de distinguir una cabra o una oveja montesa, pero más allá su mundo era para él un vasto misterio luminoso o algo sumido en las sombras de la noche, por el que se dirigía guiándose, sobre todo, por el oído y el olfato.

Era precisamente el olfato el causante de su inmovilidad y silencio. Desde el valle había llegado a su hocico un olor especial, un olor que hasta entonces nunca había sentido. Era algo que no pertenecía a aquellos lugares y que le irritaba de un modo extraño. En vano su mente lenta de animal luchaba por comprender. No

se trataba de ningún caribú, pues los conocía muy bien por haberlos cazado muchas veces; tampoco de ninguna cabra ni oveja; ni, menos aún, era el olor de las gordas y perezosas marmotas tendidas al sol sobre las rocas, porque Thor había comido centenares de ellas. Era un olor que no despertaba su cólera ni tampoco le infundía temor alguno. Sentía curiosidad, pero no se decidía a bajar al valle para satisfacerla. La prudencia lo retenía.

Si Thor pudiera haber visto claramente a una o dos millas de distancia, sus ojos habrían descubierto menos sobre el origen del olor que el viento le traía a su olfato desde el hondo valle. Estaba en el filo de un escalón de la montaña, bajo el cual, a unos mil seiscientos metros, se encontraba el valle, y a su espalda emergía la cima, a la que aquella misma tarde había subido, a unos mil quinientos metros más de altura. La llanura en la que se hallaba formaba una hondonada en la vertiente de la montaña y tendría una extensión de un acre. Estaba cubierta de verde y jugosa hierba y de las flores de junio, violetas silvestres, nomeolvides y jacintos. En el centro había una extensión de unos diez metros de terreno fangoso y blando que Thor visitaba con frecuencia cuando sus patas se resentían al andar sobre las rocas.

Al este y al oeste, y también al norte, se extendía el maravilloso panorama de las Montañas Rocosas de Canadá, suavizadas por el dorado resplandor del sol de la tarde de un hermoso día estival.

Desde la cima y desde el valle, desde los intervalos entre las cumbres, desde las pequeñas hondonadas hendidas en la pizarra, desde las rocas que llegaban hasta las regiones de la nieve eterna, surgía un suave murmullo. Era la música del agua. Tal armonía flotaba siempre en el aire, porque los ríos, los arroyos y los riachuelos

que llevaban al valle las nieves licuadas procedentes de las altas cumbres perennemente cubiertas de blanco y muchas veces rodeadas de nubes, no cesaban nunca de correr.

No solamente había rumores suaves y musicales, sino también perfumes. Con el fin de la primavera y la llegada del cálido influjo de los meses estivales la tierra se cubría de verde por doquier; las flores tempranas convertían las laderas iluminadas por el sol en mantos salpicados de blanco, rojo y púrpura, y todo los seres vivos parecían entonar un canto gozoso. Las gordas marmotas reposaban en las rocas, las ampulosas y pequeñas ardillas en sus escondites, los enormes abejorros volaban zumbando de una flor a otra, los halcones planeaban sobre el valle y las águilas se cernían por encima de los picos más elevados. Hasta el mismo Thor cantaba a su modo, porque mientras pasaba por el lodo, poco antes de sentirse inquieto por el extraño olor, había dado un extraño y profundo rugido que resonó en su vasto pecho. No era, sin embargo, ni un gruñido ni un rugido, sino un ruido especial que hacía cuando estaba contento. Era su canción.

Por alguna razón misteriosa, en aquel día maravilloso se operó en él un cambio. Inmóvil, olfateó el aire. Lo que percibía lo intranquilizaba, sin llegar a producirle alarma. Era tan sensible a aquel nuevo y extraño olor que flotaba en el ambiente, como la delicada lengua de un niño al primer y desagradable contacto de una bebida alcohólica. Por último, surgió de su vasto pecho un gruñido apagado, que se asemejaba a un trueno lejano. Él era el señor absoluto de aquellos vastos dominios, y, aunque despacio, su cerebro llegó a la conclusión de que no deberían existir olores que no comprendiese y de los cuales no se sentía él dueño.

Thor se enderezó despacio sobre sus patas traseras mostrando toda su enorme estatura. Se sentaba como lo haría un perro amaestrado, con las patas traseras llenas de lodo colgando ante su pecho. Había vivido diez años en aquellas montañas y nunca había percibido el olor que ahora lo inquietaba. Instintivamente desconfiaba de él. Esperó la aparición del que lo producía, pues el olor se iba acentuando, pero no trató de ocultarse, sino que continuó inmóvil, sin sentir el más mínimo temor.

Thor era monstruosamente grande, y su pelaje estival, renovado poco antes, brillaba al sol con un oscuro tono dorado. Sus patas anteriores eran, por lo menos, tan gruesas como el cuerpo de un hombre; las tres mayores de sus cinco garras, semejantes a cuchillos, medían unos trece centímetros de largo, y en el lodo sus pies habían dejado huellas que medían treinta y ocho centímetros de un extremo al otro. Estaba gordo, robusto, tenía el pelo brillante, y era esbelto y poderoso. Sus ojos, no mayores que pequeñas nueces, estaban a veinte centímetros uno de otro. Los dos colmillos superiores, afilados como puntas de estilete, eran tan largos como los pulgares de un hombre, y con sus poderosas y grandes mandíbulas podía destrozar fácilmente el cuello de un reno.

La vida de Thor no se había visto nunca perturbada por la presencia del hombre, y no tenía nada de desagradable. Como muchos osos grises, no mataba por el placer de dar muerte. De un rebaño de renos se apoderaba de una sola pieza y luego la devoraba hasta el tuétano del último hueso. Era un soberano pacífico. Tenía una ley: «¡Dejadme solo!» y la expresión, aunque inconsciente, de esa ley se advertía en su actitud mientras, sentado sobre sus ancas, husmeaba el extraño olor.

En su fuerza descomunal, en su soledad y en su supremacía, el gran oso era como las montañas, que no conocían rival ni en los valles ni en las alturas. Como las montañas, su especie dominaba allí desde infinitas generaciones; formaba ya parte de éstas. La historia de su especie había comenzado y moría entre éstas, y en muchas cosas eran semejantes las dos. Hasta aquel día no podía recordar que cosa alguna se hubiera opuesto a su poderío y a su derecho, excepto por los de su misma raza, rivales con los que había combatido noblemente y a muerte en numerosas ocasiones. Estaba dispuesto a pelear de nuevo para afirmar su soberanía absoluta en todas aquellas montañas. Y hasta que no fuera vencido por otro más fuerte, él era el dominador, el árbitro y el déspota si se le antojaba. Era el señor de los ricos valles y las verdes pendientes y de todos los seres vivos que lo rodeaban. Había ganado y conservado tales dominios abiertamente, sin valerse de ardides ni traiciones. Era odiado y temido, pero él, en cambio, no sentía odio ni temor contra nada ni nadie, y a su modo era honesto. Por consiguiente, esperaba tranquilo aquella extraña cosa que se acercaba desde el valle.

Sentado sobre sus ancas, interrogando al aire con su hocico agudo y moreno, algo en su interior retrocedió hacia desvanecidos y extintos antepasados. Nunca había sentido aquel extraño olor y sin embargo no le parecía nuevo en absoluto. Pero por mucho que se esforzaba no lograba identificar aquel olor y mucho menos imaginar la figura del ser al que pertenecía. No obstante, se daba cuenta de que representaba una amenaza y un peligro.

Durante diez minutos permaneció sentado sobre sus cuartos traseros como una estatua. Luego el viento cambió de dirección,

el olor se fue debilitando gradualmente y por fin desapareció por completo.

Las orejas planas de Thor se enderezaron. Volvió lentamente la gigantesca cabeza, de manera que su mirada recorrió la meseta en que se hallaba y la suave vertiente. Olvidó con facilidad el olor que lo había alarmado ahora que el aire era de nuevo suave y puro como de costumbre. Ya tranquilo, se dejó caer sobre sus patas y reanudó sus pesquisas en busca de ardillas.

En tal caza encontraba un poco de diversión. Thor pesaba más de quinientos quilos y una ardilla sólo medía quince centímetros de largo y pesaba unos doscientos gramos. Sin embargo, Thor excavaba enérgicamente durante una hora y si después de tanto esfuerzo lograba tragarse una ardilla gorda como si fuera una píldora, se sentía satisfecho. Era un bombón, una golosina, en busca de la cual empleaba una tercera parte de sus excavaciones durante la primavera y el verano.

Encontró una madriguera situada a su gusto y con sus patas delanteras empezó a excavar como lo hace un mastín en busca de una rata. Estaba en lo alto de la pendiente que conducía al valle. Una o dos veces, durante la media hora siguiente, levantó la cabeza e interrumpió su tarea, pero ya no captó de nuevo el extraño olor que le trajera el viento poco antes.